

VOLVERÁN LAS BLANCAS GAVIOTAS

En cierto modo la política consiste en buscar que los autobuses pasen por nuestra calle y, de ser posible, que las paradas coincidan con el portal de nuestra casa. O dicho de otro modo: poner los recursos públicos al servicio de los intereses particulares. Ahora bien, es claro que todos desean hacer lo mismo. Y de ahí aparecen los bandos, cada cual con su bandera. Mientras los hoteleros hacen su agosto, las floristas ven agostadas sus plantas. Nunca hace sol al gusto de todos. El grave problema se presenta cuando los jardines de los hoteles junto al mar están secos y los turistas, aunque tomen su baño, no pueden tumbarse en la hierba. Entonces debemos decidir: ¿playa o montaña? ¿Calor o aire fresco? Ahora hay que optar entre blancos y rojos, pardos y morados. En el arco iris del hemiciclo parlamentario – donde además de “parlar” se debería también hacer – cada votante tiene que apostar por su color preferido. La izquierda, cuando forma gobierno, suele decirse para sí misma: “Ahora se van a enterar éstos de lo que vale un peine”. O sea, actúa como un criado resentido y tiene el sentimiento de haber “conquistado” el poder. En su lugar, la derecha vencedora cree que se ha restablecido el orden natural del universo. El gobierno le pertenece “de suyo” desde el inicio de los tiempos, salvo cuando los votantes se equivocan dejando que ocupen su lugar las hordas de extramuros de la ciudad. Si las repúblicas, sostenidas habitualmente por las clases populares, se “instauran”, las monarquías, sostenidas generalmente por las clases conservadoras, se “restauran”.

¡Hagan juego, señores! ¡No va más! ¿Quién ganará? ¿Quién perderá? Y la bolita saltarina se detiene en... ¿dónde? En estos tiempos tan escasos de romanticismo quizás las gaviotas blancas volverán a su nido y las cigüeñas de pico largo volverán a soñar otra vez con tornar al campanario.

Pablo Galindo Arlés
11 de abril de 2019